

A

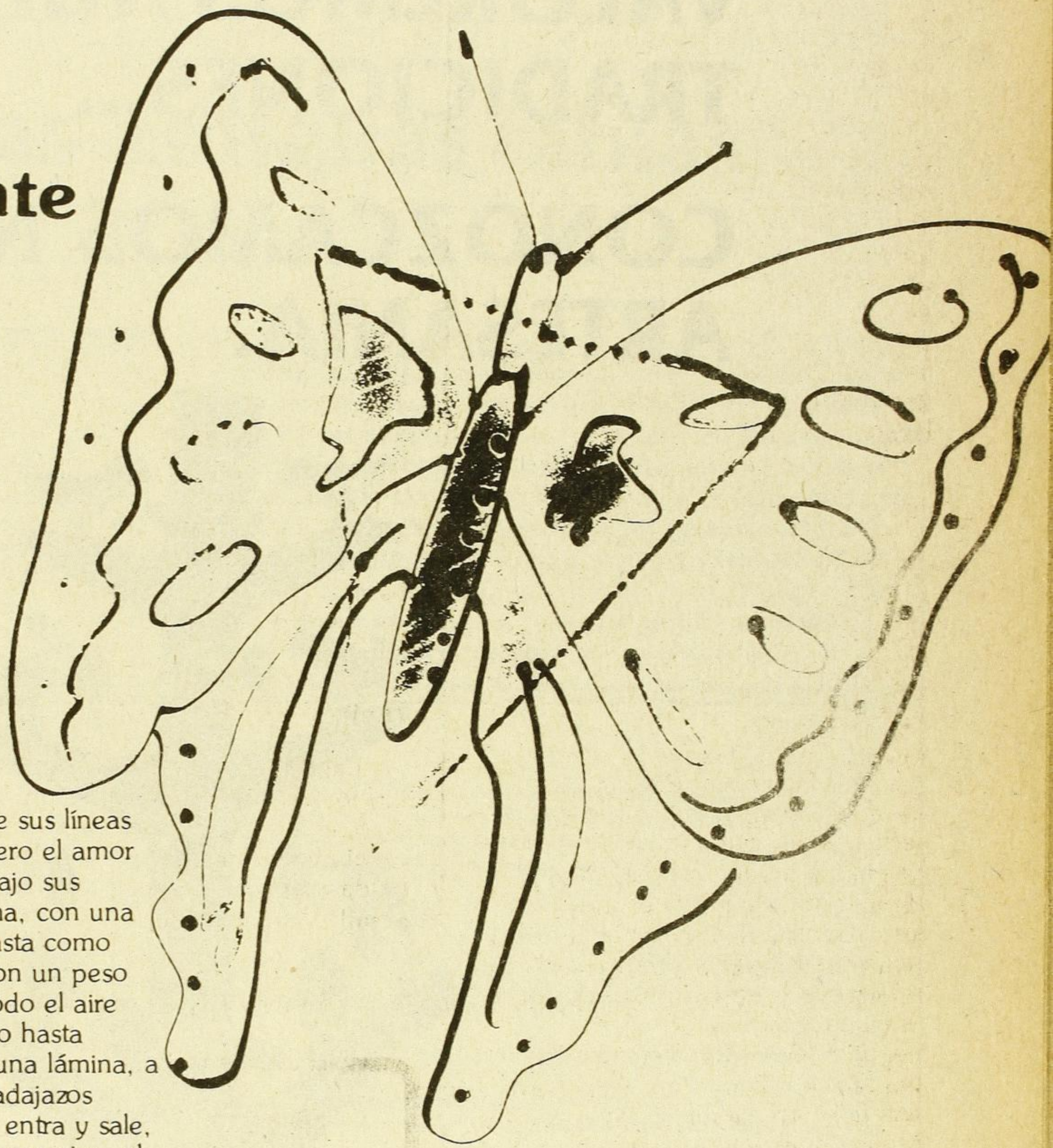
mor

combatiente

Descubre su arma demasiado pronto; deslumbrado por el campo de batalla que se abre ante sus ojos, sin poder acotar los cauces de su pasión, se lanza a la contienda a pasos de gigante; pisotea la hierba, sus zancadas retumban como si lo tuvieran que oír en el centro de todos los plexos. No sabe que el deseo entreabre sus puertas con delicadeza, con un soplo apenas, sin siquiera tocar los picaportes o girar los goznes, llamando a silencio más que a vociferación. Pero este amor olfatea, husmea como una fauna de animales multiplicados, sus fauces se pegan a cualquier promesa de agua y escupen su sed en las cuencas más generosas; arrastra sus enormes borceguíes por la tibieza de los lodos, por la tersura de los nardos. Sin retener entre sus dedos la brizna ni la rama, arracando mechones de hojas a su paso; sin diluir la esencia, espeso a todas las huellas y opaco a todos los halos de la respiración del otro, el amor combatiente quiere dejar una marca, una cicatriz, su nombre grabado solemnemente en la corteza del territorio que atraviesa.

El otro, la otra, atemorizado por el asalto, sin tiempo para preservar sus flancos o endurecer sus

defensas, corre sus líneas imaginarias, pero el amor las borrona bajo sus plantas. Encima, con una caída que aplasta como una prensa, con un peso que expulsa todo el aire del otro cuerpo hasta dejarlo como una lámina, a un ritmo de badajazos desesperados, entra y sale, entra y sale, como si ya el mundo se estuviera por acabar y no tuviera ni tiempo de apagar las luces, de cerrar las llaves del agua, de contener la marea ascendente o exaltar la descendente, como si con el dulcísimo amor que va a salir de su sexo, esa sustancia liminar por su nobleza —lo mejor que el combatiente ha sabido conservar después de sus largas vigiliass—, tuviera que saldar las cuentas milenarias de la especie, pagar todos los riesgos y comprar todas las sorpresas.



Dibujo: Rowena Morales.

El tiempo se le acaba; piensa que galopa por llanuras desmesuradas, con vocación de exterminio pulveriza los pétalos con sus cascos, derrota los pólenes, aplastará las telarañas diminutas del pasto, los rocíos se vuelven lágrimas ante el invasor amante que tiene una estrategia lejana, muy distante del cuerpo que holla, un blanco que es

más allá y que poco tiene qué ver con el amor que subyacía a su avance y que ahora, mientras un hecho golpea sobre el otro o un martillo cae sobre el yunque más pasivo y entregado, es disparado, eyectado por el ojo sin cuencas, por la solitaria pupila del amor, como una flecha. El combatiente se queda muy solo.